

ECOS DE LA PALABRA

Enseñanzas de la Trinidad para las comunidades cristianas

Reflexiones sobre el evangelio de Mateo 28, 16-20 (Santísima Trinidad - Ciclo B)



Quisiera iniciar estos *ECOS de la Palabra* haciendo un voto de humildad y reconocer que al misterio de la Trinidad, que ocupa nuestra meditación de este domingo, solo puedo acercarme desde el don de la fe y que, desde la limitación de mis razonamientos, no puedo más que ofreceros algunas pistas para que os dejéis llevar por este misterio de amor y comunión que supera por mucho el alcance de nuestra inteligencia.

Desde la pequeñez de nuestra razón, sin embargo, hemos de reconocer que a lo largo de la historia de la Iglesia, han sido muchos los teólogos que nos han ayudado a buscar la razonabilidad de la fe, a hacer un acercamiento lúcido al misterio de Dios sabiendo que, en algún momento de la reflexión, es necesario dar el salto de la fe pues, de lo contrario, nuestra inteligencia humana caería en la insensatez de querer demostrar la “cuadratura del círculo” y, por qué no decirlo, de crear un cuerpo doctrinal basado en la filosofía que es probable que esté muy lejos de la forma como Dios se nos quiere comunicar.

Muchos de estos teólogos se han valido de imágenes y de metáforas para ilustrar el misterio de la Trinidad, yo personalmente me quedo con la de San Agustín, “Aquí tenemos tres cosas: el Amante, el Amado y el Amor; un Padre Amante, un Hijo Amado y el vínculo que mantiene unidos a los dos, el Espíritu de Amor”. Otra imagen que suelo usar con los niños, obviamente lejos de la altura de las de San Agustín o Tomás de Aquino, es la de hablar de un partido o una obra de teatro de tres escenas en la que, aunque los tres protagonistas están siempre, cada uno tiene una “escena” en la que es protagonista, así, el Padre sería el protagonista de la primera etapa de la historia de la Salvación, desde la creación hasta la Encarnación; el Hijo, por su parte, es quien protagoniza el momento en que Dios se hace parte de la historia compartiendo nuestra humanidad y asumiendo de manera solidaria la suerte de todos y, finalmente, el Espíritu, que protagoniza el tiempo de la Iglesia, nuestro tiempo, haciendo presente el don del Padre y del Hijo. Imágenes limitadas que solo son un atisbo de ese misterio que más que entender estamos llamados a admirar y vivir.

¿Qué nos enseña este misterio de Dios a las comunidades cristianas?

Llamados a la comunión. El modelo de sociedad que nos ofrece la Trinidad es un modelo comunitario. La implicación de las tres personas en toda la obra de Salvación dota de sentido su ser y su quehacer, su vida y su misión. En la comunidad de Dios hay una comunicación fluida entre las personas que permite que la obra y los logros de cada uno de sus miembros sea la obra de los otros porque hay complicidad en el amor y la misión: todo lo del Padre es del Hijo y todo lo del Hijo es del Padre. En la comunidad de Dios no hay celos ni rivalidad, hay una implicación tan grande en la misma misión que ninguno busca la figuración por encima del otro. Su ser se define por el salir de sí mismo dándose, entregándose para la vida.

Hoy seguimos llamados a construir comunidades significativas que, a través de su vida, actualicen el don de un Dios que se hizo comunión, que se hizo comunidad.

Unidad en la diversidad. Tal como lo sugieren algunos iconos de la Trinidad, las comunidades que se estructuran a la manera del modelo trinitario son comunidades llamadas a construir la unidad desde el más hondo respeto a la diversidad. La implicación en la *causa común* del Reinado de Jesús se da en el marco de una sociedad cada vez más plural y diversa. La policromía y la polifonía social se alejan cada vez más de los discursos que creen que la realidad es de un solo tono o una sola voz. Se aleja también de los discursos integristas y de los dogmatismos que no admiten interpretación alguna. La causa que nos une es el Reino pero para alcanzarla el Espíritu suscita diversos caminos y diversos modos de recorrerlo. Unidad no es uniformidad.

Comunidad para la misión. La vida de comunidad no es una simple cohabitación, lo que le da sentido es la misión y ésta, siguiendo el modelo de la Trinidad, no es otra que salvar: “Porque Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para salvarlo”. La misión de las comunidades cristianas y esto, creo yo, que es lo que las hará significativas en la construcción social, es su opción radical por transmitir o comunicar vida digna, por abrir horizontes de felicidad para todos mediante el compromiso por la justicia y por llenar de esperanza la historia de la humanidad a través del anuncio de la Buena Noticia de Jesús que nos revela el rostro del Padre bueno y nos anima con la fuerza de su Espíritu.

Que esta fiesta de la comunidad de Dios nos ayude a ser comunidades vivas, diversas y comprometidas con la misión.

Javier Castillo, sj
Director del Centro Loyola de Pamplona